

Errancia sin fin

Luis Sáenz, *Ser errático*, Trotta, Madrid, 2008.

JORGE ENRIQUE LINARES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM
lisjor@unam.mx

El libro de Luis Sáenz, *Ser errático* (2008), constituye todo un acontecimiento digno de celebrar para la filosofía en español porque contribuye a revitalizar su tradición fenomenológica mostrándonos nuevas sendas para el pensamiento. Aunque es Heidegger su principal inspiración y su interlocutor primordial, yo atisbo en el estilo sabroso y elegante de Sáenz la presencia de la tradición filosófica hispánica: Ortega, Unamuno o Machado. El discurso filosófico de *Ser errático* está aderezado además por interludios dialógicos en los que el autor discute con su interlocutor virtual, quizá su otro yo, que lo cuestiona y a veces lo increpa.

La propuesta central de *Ser errático* es por demás sugerente para abrir los ojos de la ontología ante los problemas del mundo contemporáneo. Luis Sáenz construye su *ontología crítica de la sociedad* a partir de la diada centricidad/excentricidad y nos demuestra que la excentricidad es un existenciario tan esencial a la condición humana como la centricidad, que ya se ha descrito profusamente en las ontologías de la mundanidad. Percibo algunas diferencias que habría que dilucidar con mayor detenimiento entre la idea levinasiana de la exterioridad (idea que éste retoma de Franz Rosenszweig) y la propuesta de la excentricidad de Sáenz como forma de estar simultáneamente dentro y fuera del horizonte mundano. Así, Luis nos señala el sentido de una crítica fina y profunda que va hilvanando capítulo a capítulo de lo que él denomina “el malestar en la sociedad estacionaria”. En efecto, el síntoma de uno de los males de nuestro tiempo es nuestra falta de excentricidad, o en todo caso, su falsificación en formas errabundas de la existencia social.

La “excentricidad” que nos describe minuciosamente Luis Sáenz nos permite un juego dialéctico (aunque creo que Luis rechaza por ahí este noble concepto) entre estar

dentro y fuera, entre el interior y el exterior, la profundidad y la superficialidad y tantas otras figuras de orden estético, óntico, incluso ético que puede adquirir la excentricidad. Por cierto, a mi modo de ver, la dimensión ética de la excentricidad debe ser mucho más explorada, ya que percibo que no es uno de los temas centrales el *Ser errático*.

Ahora bien, la tesis ontológica fundamental sobre la excentricidad se construye como una crítica a Heidegger y su ontología del ser-en-el-mundo (mejor: del estar-en-el-mundo). Esta crítica, que se expone en el segundo capítulo del libro, sirve de plataforma para el despliegue de los temas del análisis ontológico de las falsas excentricidades, y apuntalan la propuesta y la apuesta por una forma positiva de *la vida al margen*, descentrada y no reducida a sus confines conocidos o consabidos.

A este respecto hay que decir con Heidegger que, en efecto, nosotros estamos en el mundo proyectando nuestra existencia; que nuestra vida es una *estancia*, que vamos de paso, y que salimos al encuentro del ser en busca de su sentido. Pero contra Heidegger hay que decir, como lo advierte Luis, que muchas veces nuestra existencia es *errancia*, excentricidad, a veces extravagancia; otras veces vagancia, otras más franca locura, éxtasis, y en ocasiones, pérdida irremediable, yerro y desatino. En el lenguaje coloquial mexicano, por cierto, usamos cotidianamente este tipo de existenciaros de la excentricidad: se dice que alguien que no encaja en el mundo o en la situación vital que se le enfrenta, está “como que no se halla”; mientras que el que comete la excentricidad de la impertinencia, la pedantería o la desfachatez, decimos que “no se ubica”. Y lo increpamos: “fulano, fulana: ubícate”. La “ubicación” designa un imperativo existencial primario: es preciso estar ubicados en el mundo, comprendiendo su sentido, saliendo al paso de las situaciones, las cosas, los objetos, las personas. Y para ello es preciso dejar el sitio cómodo y consabido de la centricidad, porque *salir al mundo* es dejar el ámbito reconocido y familiar, para ir al encuentro del mundo por descubrir, por recorrer y experimentar: salir fuera del mundo desde la mundanidad. La auténtica ubicación que mandata el imperativo ontológico de nuestra típica expresión ¡ya ubícate!, significa: ¡encuentra tu lugar en el mundo! Pero Luis ha mostrado de modo profuso y argumentado en *Ser errático* que esto no acontece en la *centricidad de la existencia*, en la familiaridad con las

cosas antes los ojos, ante la mano y con los otros. Por el contrario, implica tener el coraje, el arrojo y la osadía para encarar el destino aventurándose en una errancia sin fin ni destino previsto, justo como nos los demostró el genio de Cervantes en el Quijote de la Mancha.

En efecto, Luis retorna (y hace con ello un sentido homenaje), en pasajes centrales de su libro, a la fuente de toda la literatura y el pensamiento de más pura raigambre hispánica: el Quijote. De hecho, yo diría que uno de los aciertos de esta obra es el rescate de la trascendencia ontológica y fenomenológica del complejo universo quijotesco construido por Cervantes. Era hora de hacer justicia a la profundidad filosófica de las aventuras del ingenioso hidalgo de la Mancha que se lanza, para poder reconstruirlo, a *experimentar* el mundo (permítaseme este barbarismo en heideggeriano).

Porque es el Quijote justamente quien nos muestra cómo hay que salir a buscar, o literalmente, a rehacer el mundo. Desde la excentricidad, el Caballero de la Triste Figura se lanza a una desaforada aventura de *errancia sin fin*: va en busca de recobrar el mundo, *su* mundo, persiguiendo el amor ideal y una idea de justicia, porque tiene el arrojo de salir de su mundo estacionario, de su encierro doméstico, casi monacal, en que los otros lo quieren ver postrado. Es la locura lo que lo impulsa y lo guía: *el ansia de libertad, la excentricidad por excelencia*; es la pasión, la sed de justicia, la ambición por recorrer y conocer el mundo.

Sabemos que tal modo de vagar y de errar (en el doble sentido de cometer errores y de divagar) sólo culmina como termina el viaje del Quijote; así, la verdadera excentricidad es la del que *se peló al otro mundo* (uso otro existenciaro popular mexicano): el que se extravió en éste: primero enloqueció sin remedio y después regresa sólo para morir. El Quijote comienza su errancia con el desvarío y termina con las ilusiones gastadas para entregarse a la muerte, ante las inútiles súplicas de Sancho Panza; y muere justo cuando recobra el juicio, es decir, cuando recupera la triste visión de un mundo desvalido y marchito. Así, la obra maestra de Cervantes, modelo de todos los *road movies* de nuestra época, de todos los viajes de expiación y redención, es el relato épico y enternecedor, admirable y desternillantemente divertido, aunque a veces estremecedor, de quien se resuelve a encarar el mundo y recorrerlo para “desfacer” entuertos, ayudar a los

menesterosos y conquistar el amor de la mujer idealizada. Ya Kundera había dicho que el Quijote de Cervantes constituía el inicio de la novela moderna; mejor: es el momento fundacional de la subjetividad moderna: esa que necesita hacer ontologías para recobrar el sentido de su existencia en la enredada trama mundana que ha urdido.

Pero ya no seguiré divagando sobre el Quijote. La propuesta de Luis Sáez nos ubica en la tensión constante entre centricidad y excentricidad y nos da armas para pensar esa dualidad existencial. Sólo agregaré que si no vagáramos, si no erráramos, si no estuviéramos también *fuera*, estando dentro del mundo, no podríamos proyectar nuestro ser, no comprenderíamos casi nada, ni podríamos vincularnos ni desapegarnos de nada o de nadie. Estar fuera y dentro, lejos y cerca, separándonos y aproximándonos a los confines del mundo. Para terminar, le doy la palabra al autor de *Ser errático*:

Para que exista una situación y sea vivida en cuanto abierta, es necesario que podamos, *ya siempre*, experimentarla con extrañeza[...] Extrañarse respecto a un lugar mundano que nos ha hospedado hasta ese momento implica, al unísono, colocarnos en otro lugar. Pero tan cierto es que en este viraje de la vida, una y otra vez recommenzado, *pertenecemos* siempre a un *mundo concreto*, como que en la incesante reapertura del extrañamiento, no pertenecemos a *ninguno en particular*. Tenemos *lugar, topos*, y somos en ninguna parte (*u-topos*). El mismo orden de cosas que establecemos nos es familiar y extranjero (exótico). Estamos arraigados, y en el corazón de nuestro arraigo nos sentimos también oscuramente desterrados. El hombre es un ser *errático*. P 54